

# El niño ciego

Nueva edición

Aquel jueves de mayo, como todos los jueves, a las doce y media en cuanto terminó la clase salí corriendo para mi casa. En pocos minutos estaba en la cocina husmeando la olla, para ver que estaba preparando mi mamá. Desde la empanada del domingo, en la cocina no se veía otra cosa que papas de millo al mediodía, igual que por la mañana y sopa de ajo por la noche. Pero ese día era jueves, día de feria en la *carballeira* de Santa Susana, por lo tanto era muy posible que, gracias a la primera recaudación de esa mañana en el taller de relojería de mi padre, en nuestra cocina habría olor a comida de verdad. El vaho casi me quema cuando retiré la tapa de la cacerola. Total lo único que vi fue patatas y habas cocinándose en el agua hirviendo, pero... ¡Oh!... ¡Sorpresa!... También se veía tocino y huesos con tuétano.

Mi mamá me sorprendió en esa mi semi adoración y enseguida del anuncio del manjar me sacó del letargo dándome una orden... esperada.

--Hoy tenemos caldo con tocino y tuétano. Así que, ahora que ya lo sabes, vete enseguida a comprar el pan y después, ya tu papá te está esperando para que vayas a la joyería de Mayer a comprar una cuerda para un reloj de bolsillo. ¡Y enseguida para casa!... ¿Oíste bien?... ¡Qué hoy hay muchos clientes que atender!

Otra vez corriendo hasta la panadería de Manolo, cerca del callejón de los Feanes, cuesta abajo y vuelta cuesta arriba por el Camino Nuevo... Y enseguida, “volando” también a la joyería de Mayer en la rúa del Villar. Todo lo hacía de prisa, así me parecía que la hora de comer llegaría antes.

Los jueves no había clase por la tarde en la Escuela de los Hermanos. Esa era una jornada especial, mejor que un día festivo, todo el pueblo bullía de actividad debido a la feria del ganado y de todo tipo de artículos. Zuecos, telas, cualquier cosa imaginable se podía encontrar en esa feria. Lo único en contrario era que los jueves comíamos mucho más tarde que otros días, pero lo bueno era que casi siempre había comida de verdad en nuestra mesa.

Sin dejar de correr hacia la rúa del Villar, iba comiendo un pedazo de pan. Al regreso de la joyería me fui caminando hacia mi casa, un poco porque estaba algo cansado pero más bien por proteger la cuerda nueva de reloj que llevaba en la mano.

Como siempre, me metí por la Alameda y desde el Arco de los Leones seguí por el camino que bordea el robledal. Casi siempre me paraba de espalda al palco de la música, sin actividad los días de feria, a escuchar por un momento al ciego que solía estar allí enfrente, al costado de un gran roble, con su perro al costado y la zanfona en mano, expresando con melancolía la letanía de su monótono son, cantando o más bien contado una historia por demás dramática, por supuesto que en idioma gallego. Los aldeanos no se expresaban nunca en castellano y si lo hacían, de casualidad alguna vez, sonaban muy extrañas sus palabras, inevitablemente mezclaban los dos idiomas.

Pero ese jueves de mayo el ciego cuenta-cuentos no estaba solo. Además del perro, a su lado había un niño más o menos de mi edad. Me llamó tanto la atención ese chico que nunca antes había visto, que me detuve a observarlo sin prestar atención a lo que el ciego cantaba. ¿Ese chaval sería ciego también como el cuenta-cuentos?... Al menos a mí me pareció que sí. Pero, el caso es que yo no estaba bien seguro de que esos cuenta-cuentos fueran ciegos de verdad. El muchacho hasta era parecido al ciego por lo que supuse que debería ser su hijo. Vestía pantalón corto de paño y una chaqueta muy abrigada, que le quedaba grande, con las mangas remangadas. Calzaba zuecos de cuero y madera, como casi todos los niños aldeanos. Aunque no hacía nada de frío, su cabeza estaba protegida por una gorra de pana. De vez en cuando se acercaba algún paisano que le compraba un librito impreso en papel rústico, oscuro, con el contenido de varios de los cuentos trágicos que contaba el ciego.

El pago era “a voluntad”, pero casi todos los que se acercaban contribuían con una moneda de un real, aunque alguno que otro ponía dos monedas en la cajita de madera donde estaban bien ordenados los libritos. Lo que más me llamó la atención, además de algo que asomaba levemente por la nariz del chaval, era su expresión, o mejor dicho su inexpressión. Su mirada estaba fija en el suelo todo el tiempo. Por un momento pensé: “Qué tristeza, esos niños de la aldea que hablan poco, pero este no habla nada, ni mira para ningún lado. Claro, si no vé, para donde va a mirar y además, ¿con quién va a hablar?”

Me invadió tanto la curiosidad que me senté en un banco de piedra que había enfrente, a unos tres metros, cerca del palco de la música y me dediqué a observar al niño aldeano. Concentrado, seguía sin prestar atención a lo que contaba el cuenta-cuentos. De pronto el chico se secó lo que asomaba por su nariz con una de las mangas de su chaqueta; completó la limpieza con un pañuelo arrugado que sacó de uno de sus bolsillos. Seguidamente de una bolsa de tela que tenía a su lado, en el suelo, sacó un paquete, lo desenvolvió e hizo su aparición un gran bocadillo de pan blanco con tocino al que de inmediato le dio un gran mordisco.

Hace tan solo un momento, pensaba en la tristeza de esos niños aldeanos que hablaban poco o nada, ahora mi pensamiento iba en otra dirección... “¡Qué afortunados son estos niños de la aldea! En sus casas siempre hay comida.” A veces hablaba de eso con mi mamá... “Me gustaría ser un niño de la aldea porque ellos siempre tienen algo para comer”. Mientras pensaba muchas cosas, “que si ese niño iría a la escuela, que si veía o no, que si sabría hablar...” atrajo mi atención el perro flaco y viejo que los acompañaba, que moviéndose inquieto para uno y otro lado empezó a ladrar.

Todo lo que siguió enseguida ocurrió en menos de un minuto. El can se puso a jugar, moviéndose para todos lados, dándole zarpazos a la media docena de gallinas atadas entre sí por medio de una cuerda, que eran de unos feriantes que estaban al lado del ciego. Ellas empezaron a corretear alborotadas y a cacarear. De pronto intervino el jefe del equipo, el gallo, que le dio un fuerte picotazo en el hocico al perro, el cual asustado, aullando reculó y sorprendentemente golpeó a su dueño de tal forma que lo hizo trastabillar y caer al suelo, antes dándose la cara contra el árbol donde se apoyaba. A su vez el cuenta-cuentos golpeó también a su hijo quien sorprendido rodó por el suelo, tirando manotazos al viento como queriendo abrazar algo, mientras su bocadillo volaba por el aire. El perro se encontró con el gran pedazo de tocino y ni corto ni perezoso se lo engulló en pocos segundos, desinteresándose por completo del gallo y de las gallinas.

El ciego y el cieguito rodaron por el suelo, pero el hombre mayor tenía la cara ensangrentada; el niño también se había raspado manos y rodillas. Enseguida dos de los feriantes se llevaron al cuenta-cuentos “casi en el aire”, diciéndole a los demás paisanos que lo llevaban a la Farmacia Bescansa para que lo curasen. Entonces, de inmediato me di cuenta del drama que tenía enfrente. El padre del niño veía, pero muy poco porque casi andaba a tientas, lo mismo que el chaval que andaba al tanteo también, palpando el suelo seguramente buscando su comida a la vez que parecía que miraba para uno y otro lado, siempre apuntando hacia el suelo y decía repetidamente, casi gritando: “*¡Papaie!*”... “*¡Papaie!*”...

Se había quedado solo completamente, sin bocadillo y sin saber bien qué le había pasado a su padre, ni dónde estaba. Con la rapidez que ocurrió todo y lo poco que había oído, apenas tendría una vaga idea de lo que había pasado a su alrededor. Fue entonces que me estremecí al ver a ese niño de mi edad allí solo sin atinar qué hacer. Yo ya me tenía que haber ido para mi casa, era seguro que mi madre me iba a reñir por demorar tanto. Aún pensando en eso, un impulso hizo que me acercara al cieguito y le dije, en castellano claro, la única forma como hablábamos los chavales del pueblo: “Tu papá se lastimó un poco la cara al pegarse contra el árbol y lo llevaron a la farmacia para que lo curen, pero vendrá pronto.”

El niño estaba en silencio, muy atento a lo que estaba escuchando, aunque cualquiera diría que no había oído lo que le acababa de decir. Parecía que no tenía expresión, ni una mueca, nada, solo miraba para uno y otro lado, hacia el suelo. Por un momento hasta dudé que ciertamente me hubiese oído o que tal vez desconfiara, pues esos chicos de la aldea eran muy parcos, hoscos y recelosos de los del pueblo que a veces nos reíamos de ellos. Seguramente estaría sufriendo por la incertidumbre del momento y tal vez pensando: “Y ahora que hago yo aquí solo, ni siquiera sé bien dónde estoy.”

Afortunadamente pude desprenderme de mi habitual timidez y decidí acompañarlo hablándole otra vez, contándole primero todo lo que había sucedido en un instante y luego tratando de establecer un diálogo.

--¿Cómo te llamas?

--*Eu Toño, e ti?* --yo Toño, y tú?

--Yo Manolito... ¿Ves o no ves?

--*Vexo pero moi pouco, igual que o meu pai... E a zanfona, onde está?* –Veo pero muy poco, igual que mi papá... ¿Y la zanfona, dónde está?

--Aquí está. No se rompió ni se estropeó nada. No te preocupes, tu padre volverá pronto y yo voy a esperar aquí hasta que él vuelva.

--*É a primeira vez que veño á feira de Santa Susana e mira ti que fortuna.* –Es la primera vez que vengo a la feria de Santa Susana y mira tú que fortuna.

Nos quedamos hablando un buen rato, hasta que vino su padre. Yo no paraba de preguntarle cosas y me contó que eran siete hermanos y él era el mayor. Todos eran medio ciegos por herencia de su padre y su madre estaba enferma de los pulmones y casi no podía hacer nada. Apenas criaban una vaca, tenían algunas gallinas y plantaban unas pocas verduras en la *leira*. Vivían en una casa muy modesta en las afueras de la pequeña villa de La Esclavitud. Los domingos iban a la feria de Padrón, dos leguas hacia el sur y los jueves venían a la de Santiago, otro tanto pero hacia el norte y siempre a pie, claro, no había otra forma pues ellos no tenían ni burro, ni mula, ni carro. No podían llevar nada a la feria para vender pues apenas producían algo que ni les alcanzaba para ellos, cuando no se les perdía todo por el exceso de lluvia o por las heladas. A la escuela iba muy poco pues solo podía escuchar y además ayudaba a su padre todo el tiempo con lo poco que plantaban. Ahora él estaba empezando a cantar también pues su papá se fatigaba mucho y el dinero que juntaban en las ferias, que era muy poco, era con lo único que podían contar.

Después de una media hora, cuando su padre regresó, nos despedimos con un... “¡A lo mejor nos vemos el jueves que viene!”

Aunque ya se me había hecho tarde no tenía ganas de apurar el paso o “volar”, como de costumbre y me fui caminando muy despacio hacia mi casa, con las manos en los bolsillos, cuidando la cuerda de reloj que le llevaba a mi padre, mirando hacia el suelo y pensando que aquel niño con el que había estado hablando, no podía correr como yo lo hacía todo el tiempo. Al terminar la feria, ciego y cieguito emprenderían el regreso a marcha lenta hacia su casa a donde llegarían dos horas después, quizás cuando ya fuera de noche.

Ya eran casi las dos de la tarde cuando llegué a la relojería con el repuesto que había ido a comprar. En cuanto entré a la tienda mi mamá me increpó... “¿Pero tú dónde andabas. No te das cuenta la hora qué es?!”

Mi padre, se acercó con intención de reñirme también por tardar tanto, pero se paró en seco y no me dijo nada, cuando se percató de que por mis mejillas rodaban unas lágrimas.

-----

*Dos adolescentes de la misma edad, uno aldeano, minusválido y el otro ciudadano, vital, que va corriendo siempre, son los protagonistas de este relato cuyo desarrollo transcurre en una tarde de la primavera de 1953, en la feria de ganado de la carballeira de Santa Susana, en Santiago de Compostela.*

*Mediante su desarrollo queda de manifiesto la solidaridad espontánea entre dos niños de ámbitos diferentes, que poco tienen en común, y que surge de improviso merced a un accidente fortuito que despierta la sensibilidad del ciudadano y le hace percibir otra realidad desconocida hasta ese momento.*

*El texto se acompaña con ilustraciones y un glosario de términos.*

*Manuel Losa Rocha  
Tercera edición  
Montevideo, 2016*

2.200 palabras, aprox.